

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS



La luna de miel fué un idilio grave, mucho más de lo que ella había temido. Rubia, angelical, tímida y concentrada, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, á veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada á la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. El, por su parte, la amaba profundamente sin dárlo á conocer.

Durante tres meses—se habían casado en abril—vivieron una dicha especial. Tal vez ella hubiera deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansivo, celeste é incauta dulzura; pero el seco semblante de su marido la contenía en seguida.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso—frisos, columnas y estatuas de mármol—producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de despacible frío. Al cruzar de una pieza á otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por dormirse sobre sus antiguos sueños, y aun vivía dormida en la casa, hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente á uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su dolor callado, redoblando su llanto á la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aun quedó largo rato escondida en su cuello, recogiendo sus lágrimas.

Fué ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con detención, observándola fijamente mientras la preguntaba. Ordenó calma y descanso absolutos.

—No sé—le dijo á Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja.—Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme en seguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente á la muerte. Todo el

día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. La sirvienta entraba en puntas de pie. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo á otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su sordo paseo á lo largo de la cama, mirando á su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó á tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego á ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra á uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán!—llamó en voz baja.—¡Jordán!—repetió en seguida, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán, que no había oído la primera vez, corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dió un grito de horror.

—¡Soy yo, mi hija, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió á mirarlo, y después de largo rato de esta dolorosa confrontación se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola tímidamente.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un perro negro sentado en medio de la alfombra, que tenía clavados en ella los ojos fijos, brillantes y húmedos, como cuando están con hambre al lado nuestro, mirándonos comer.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día á día, hora á hora, sin saber absolutamente como. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno á otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y pasaron al comedor. Jordán los miró fijamente.

—Pst...—se encogió de hombros desalentado su médico, apartando la vista—es un caso serio... poco hay que hacer...

Jordán sopló con amargura.

—¡Sólo eso me faltaba!—respondió. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fué extinguiéndose en subdelirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas olas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares parecieron avanzar hacia ella poco á poco, salir uno á uno de los rincones, monstruos redondos con garras, que subían por la colcha hasta concentrarse todos en el almohadón. Sus mismas ideas lúcidas concluyeron por girar alrededor de él.

—¡Pobre!—dijo sonriendo una mañana á su marido, mientras acariciaba aquél con su mano flaquísima.—¡Le tengo un cariño!... Me parece que toda mi vida está aquí dentro, que se va en él...

Y se fué. Sus últimas caricias fueron para el al-